

CAMPERO ECHAZU, EL POETA DE TARIJA

El 9 de julio de 1970 murió en Cochabamba (Bolivia), a los setenta años, el poeta Octavio Campero Echazú. Entre sus libros deben recordarse *Amancayas*, Sucre, 1942; *Voces*, Tarija, 1950; *Al borde de la sombra*, Tarija, 1963. La Universidad de esta última ciudad editó, en 1971, la obra póstuma *Aroma de otro tiempo*. A su muerte se han celebrado en su país y en Argentina diversos actos de homenaje.

«Poeta cuyos versos se recuerdan»: así tituló el doctor Gregorio Marañón una nota periodística aparecida a la muerte de un autor de obra muy extendida, con la que alcanzó en su tiempo notoria influencia: Agustín de Foxá. Con no menor motivo podría usarse tal expresión en el caso del escritor de quien nos ocupamos. Pocos poetas gozan en Bolivia el privilegio que distingue a los versos de Campero Echazú, que son como una corriente vital de gracia y armonía, destinada a rebotar de boca en boca y a prenderse a la memoria y al sentimiento de gentes de la más varia condición. Corren esos versos tan ampliamente entre sus compatriotas que muchos los repiten sin preocuparse de saber quién los escribió, convirtiéndose en patrimonio común, en voz de la sabiduría popular. En ello estriba tal vez la mejor garantía de su auténtica calidad. Pasarán esas aladas palabras de generación en generación, como legado cuya conservación y recuerdo están plenamente asegurados por la propia fuerza de su inteligibilidad clara y de su directa resonancia en el corazón de los que sienten la poesía ante todo como cántico y no como labor afanosa de desciframiento intelectual.

Campero escribe poesía concreta, localizada en un lugar preciso de su tierra andina. Es él el poeta de su Tarija natal, de sus campos, de

sus paisajes, de su gente, de su habla popular. Le interesa ante todo captar *el alma* de esas tierras, traduciendo a un esencial lenguaje poético la naturaleza íntima de esos valles, esos ríos, esas arboledas, esos campos de cultivo, esas casas, esa raza campesina, que forman, en el sur de la patria boliviana, una porción vital y entrañable de la nacionalidad. Nada está más lejos, sin embargo, de la musa de don Octavio que la intención meramente costumbrista. Ha sido él uno de los más altos poetas que ha dado Bolivia y, por tanto, sería mezquinizar o malentender su mensaje creer que todo lo que queda de él es la simple acuarela localista. Desde luego, no hay en su obra la menor concesión a la temática social o política. Es Campero un poeta retirado, que rehuye el contacto de la multitud y ante todo quiere preservar «su íntima soledad sonora». El poeta prefiere no viajar, no desea alejarse de su tierra. Pasó largos años en Sucre, pero, desde el retorno, en 1937, hunde sus raíces, como un árbol —«ya sólo soy un árbol», dice un verso de *Amancayas*— en el suelo natal.

Como es sabido, la generación literaria del 98, en España, hizo de Castilla y su paisaje uno de los temas fundamentales de su obra. A partir de entonces, el paisaje ya no es, en la literatura escrita en español, visión naturalista, reproducción minuciosa, exterioridad de rasgos y detalles captados como con una lente fotográfica. El paisaje importa en su esencia, en su relación viviente con el hombre, en su peculiaridad absolutamente distinta de cualquier otro ámbito humano. Esto es lo que interesa más hondamente a Campero Echazú, en el caso preciso de su valle tarijeño. El no describe vastos panoramas, no enumera, no despliega suntuosos escenarios, no acude al vivo cromatismo de los verdes bosques o praderas. Campero insinúa, esboza, da leves toques sugerentes. Sus paisajes no son ubérrimos, sino humildes, pero rientes y luminosos. El valle es «una sinfonía en rosa y blanco»; o bien se prestigia, durante la siega —la «bíblica faena»— con la tonalidad de «un rubio horizonte de gavillas». El cardo es, en este paisaje, el símbolo de la humildad, como lo es también el arroyo o «la vida de la humilde / y encorvada higuera». Campero no evoca bosques, sino árboles, no pinta pueblos, sino casas. Tan sólo una vez recogemos entre sus páginas un delicado cuadro con la visión fugaz de una romería: es la fiesta de San Roque, pero él prefiere transcribir diálogos de un mozo y una moza o dibujar siluetas aisladas de labradores en las faenas de la siega o en la nota de color de una *imilla* que cimbrea la pollera azul a la orilla del río.

La forma romanceada, la copla o el epigrama, sirven a nuestro autor para reproducir con eficacia el lenguaje campesino. En estas es-

trofas, llenas de ritmo y musicalidad, se da una perfecta apropiación poética del lenguaje del campo tarijeño. Junto a los trigos maduros, mecidos por «el tibio resuello del aire», la pareja campesina intercambia sus quejas, sus donaires, sus dichos de reconvención o cariño. Pero, repitamos: esto no es costumbrismo, como el de un Mariano Latorre, en Chile, o el de un Gabriel y Galán, en España. Si se quiere, es un «populárismo», al estilo de un Lorca o un Alberti.

En los viejos decires, el lenguaje coloquial de *Amancayas* encuentra las raíces de lo popular y tradicional. El arcaísmo expresivo de estos diálogos traza un arco de líricas correspondencias entre esta poesía y la de Góngora o Lope o la que ha florecido en la obra de los grandes poetas andaluces a los que Guillermo Díaz Plaja reúne bajo el común denominador del «neopopularismo». Al evocar la imagen del «cople-ro anónimo», dice Campero que «cada copla entre sus labios / era un eco del paisaje», pero, además, esos versos encierran el valor, siempre antiguo y siempre nuevo, de la poesía tradicional y anónima, según dice el autor:

*y aunque entonces ya tenían
el sabor de otras edades,
yo las bebí como nuevas
con la leche de mi madre.*

El campo tarijeño de Campero Echazú es un campo humanizado, en movimiento, con voz y gesto de protagonista en el «evento» o acción de cada poema. La zagala de *Porque van diez años* tiene «olor de la tierra». «Ese valle, donde vegas y mozas son lo mismo», dice la *Carta a tres amigos*. La mujer y la tierra tienen el rasgo común de la fecundidad; el amor termina siempre, en los versos de Campero, en el alumbramiento: «¡Qué bosque sonoro formarán tus hijos!», exclama el poeta en una página de *Voces*. El tema de la fecundidad está también en *Vos me darís otro* y en *La niña en pena*, que concluye con los dos versos que dicen: «¡La luz del alumbramiento / te iguala a Dios, clara niña!»

La tierra es «madre tierra» en la poesía que analizamos. Tierra a la que se une el hombre en el gesto nupcial del trabajo, de la roturación, de la siega y la cosecha. La moza campesina es el símbolo de esos campos que el hombre debe hacer fértiles con el abrazo fuerte y dominador de la labranza. Por tiempos más o menos largos, el hombre puede alejarse, pero es seguro que un día habrá de volver, atraído por el insustituible amor de la tierra. El tema del retorno es uno de los

motivos constantes de la poética camperiana. A esta idea se añade otra noción reiteradamente buscada, el camino:

*Caminé todo aquel día,
caminé diez largos años;
y aún me encuentro en el camino,
caminando, caminando.*

Ve el poeta a la tierra como fuente permanente de dones y de bienes. En la Navidad y en el día de Reyes se unen las dos imágenes de la bendición: la criatura recién nacida y los dones que trae la vida. En el poema *En el alba de Reyes* entona el autor una jubilosa letanía de agradecimiento por todos los beneficios con que nos regala la existencia:

*por la tierra tatuada de surcos
y henchida de gérmenes;
por la fresca sonrisa del agua
sobre el campo verde;
por el sol que pinta las uvas de enero
y grana las mieses;
por el pan nativo
con lunares de anises silvestres;
por todos los dones,
por todos los bienes;
la paz de estos valles
y la vida que Dios nos concede.*

En el valle luminoso se alzan los árboles y extiende el río su sendero de plata. El arraigo y la transitoriedad. La permanencia y el flujo incesante de las cosas. Los paisajes de Campero Echazú no podrían concebirse sin esta doble presencia, en mutua y necesaria compenetración. El destino del hombre, piensa el autor, es morar y morir junto al ejemplo de los árboles. El poeta los conoce, los individualiza, sabe cuáles son sus inconfundibles atributos; entona entonces la alabanza de estos hermanos, vistos con franciscana exaltación:

*Beatitud de ciprés, vigor de roble,
gracia de ceibo en flor o paz de olivo.*

Sobre la naturaleza se cierne, sin embargo, el avasallador peligro de la rápida urbanización y de los medios con que cuenta la civilización moderna:

*El viejo parque donde ayer alzaban
su perfumada copa los naranjos,
ya es cemento, no más, y sol a plomo,
en vez de fronda y flor y cántico.*

Y si en este texto se ve el poeta en el caso de decir

*Aquí estampó el galope del progreso
sus rutilantes y sonoros cascos,
pero, ¿en dónde —¡Dios mío!—
van a cantar los pájaros?,*

en otro poema, paralelamente, expresa la misma alarma, pero esta vez referida al hombre, a la vida, no ya sólo a la naturaleza:

*¿Qué va a ser del val, mañana,
sin el agua del romance?*

El cantor de *Voces* y *Al borde de la sombra* posee, sin embargo, una fe tranquila que le hace contemplar con optimismo la existencia. No es la suya, precisamente, una fe cristiana, centrada en un Dios personal y providente. La fe de Campero Echazú es fe en la naturaleza. Hay en él un indudable sentimiento panteísta, que lo hace, en este aspecto, hermano de Man Céspedes¹, el dulce prosista, enamorado de los valles cochabambinos.

En el poema titulado *Madre* transparece, a la vez, el hondo cariño filial del poeta y su visión panteísta del universo: ¿En dónde he de encontrarte, Madre?, pregunta el dolorido corazón del poeta, bajo la congoja de su muerte reciente:

*¿En la tierra que aguarda la madura
cosecha de la carne,
o en el remanso azul del firmamento,
terriblemente mudo e insondable?*

Más allá de la muerte proseguirá alentando nuestro ser, supone don Octavio, en el rápido curso de los ríos, en la vibradora luz de la mañana, en la fuerza vital que renueva en cada primavera el ciclo inalterable de la naturaleza. Proseguirá la vida, según él, ante todo en los hijos, prolongación de nuestra carne, en quienes «seremos la luz que ilumine sus pupilas».

¹ Pseudónimo de Manuel Céspedes (1874-1932).

Tal es el sentimiento de la naturaleza que alimenta la obra del vate tarijeño. Podríamos ahora preguntarnos: ¿bajo qué luz ve el poeta ese mundo suyo, ese pedazo del universo al cual él ha dado para siempre nombre y prestigio en la historia literaria? El mundo poético de Campero está colmado de luz, de una luz cenital, de verano. Dificilmente se hallará entre sus poemas alguno que evoque un ambiente nocturno. El tema del alba aparece a la vuelta de cada cántico, de cada página. La transparencia está en el aire, en la luz matinal, pero está también en el agua, en su claridad y limpidez, a través de las múltiples metáforas de que el poeta se vale para reflejar en ella sus paisajes.

Especial vigor posee la imagen luminosa que surge del poema *De camino*. El alba azul, picoteada por los gallos, según la venerable metáfora del más antiguo cantar, inaugura la luminosa visión; sigue la luz del mediodía, el resplandor del verano; está quieto el sol, duerme el viento, la acequia está dormida. Es un escenario inmóvil, como el que da comienzo al poema titulado *Plaga*, cuyos elementos sustentantes son el sol, el pájaro, la dicha, no en otra línea, por cierto, del mundo poético alumbrado por Jorge Guillén en su *Cántico*. La luz del campo aparece recomendada en otra composición, *Alba nueva*, como remedio a las dolencias del alma. A la mujer que vive «recogida en la noche de su pena, olvidada de la flor, del astro», el poeta le propone:

*¡Abre ya las ventanas de tu alcoba,
de par en par, al sol del campo!
Que te embriague la brisa mañanera...*

La obra de Campero Echazú es fruto de madurez, de plena claridad, de depurada experiencia. Nacido en 1900, su primer libro es de 1942. Con el poeta tarijeño sucede lo mismo que con Primo Castrillo, cuya obra se acerca a veces, significativamente, a la de aquél, en cuanto una y otra testimonian, por igual, el amor a la tierra, la revalorización del folklore, la iluminada pintura del paisaje y las labores campesinas. Castrillo, como Campero, publica sus libros pasados los 40 años. A la circunstancia de la tardía edición de la obra de este último autor se debe, sin duda, el hecho de que José Eduardo Guerra no la estudiara al tiempo de evocar el paisaje de Tarija, en su *Itinerario espiritual de Bolivia*, publicado en 1936. Es indudable que el diseño de la perfección formal guía permanentemente la elaboración artística de Campero Echazú. Nuestro poeta ama el sentido clásico de la medida, detesta la improvisación, aborrece lo que presenta un perfil borroso o inacabado. En este sentido, es un cultivador del modelado perfecto, de los valores plásticos y visuales. *Caricia imaginaria* es un texto en el que se advier-

te una inclinación parnasiana, perceptible en otros muchos pasajes de la obra total del gran poeta.

En la lira camperiana se perciben nitidamente los elementos sensoriales que dan a su inspiración un acento tan inconfundible. Es éste un mundo poético hecho de olores, de sensaciones, de sabores. En su finca de Escapana, en la tarijeña tierra de San Juan del Río del Oro, Octavio Campero Echazú escribía versos al mismo tiempo que cultivaba sus viñedos y elaboraba el vino que ofrecía gustoso a los amigos que acudían a visitarlo. En su poesía, esencialmente terrígena, se repite una y otra vez la idea de la posesión, de la fecundidad, de la maternidad, para lo que el autor no necesita en modo alguno inclinarse por la fácil pendiente del erotismo. Tal vez se deba a este marcado tono sensorial de su arte el hecho de que en los poemas de Campero no aparezca el campesino de Tarija, el chapaco, luciendo su destreza como jinete. Rara vez hallamos en sus libros la presencia del caballo. Son muy significativas estas líneas:

*Mediodía. Por la cuesta
iba a gatas mi caballo...*

A diferencia de la poesía gauchesca, en la que nunca falta la estampa del brioso jinete que atraviesa los campos al galope, el texto transcrito muestra al animal derrengado que apenas puede ascender la cuesta «a gatas», bajo el peso del sol. Tampoco interesa al poeta transmitir la imagen meramente folklórica del hombre del campo, vestido según los usos regionales, con ser tan típica la figura del chapaco en relación con otros sectores rurales del país. Inútilmente buscaríamos en la obra de Campero, por ejemplo, un personaje que se asemejase al retrato diseñado por el cuentista Franz Avila del Carpio, en su narración *Pablo Carreras, el vaquero*.

En una ocasión, Campero Echazú alcanza el tono vibrante, heroico, que corresponde a la poesía épica. Ello sucede en 1938, al ganar el poeta el segundo premio en los juegos florales del cuarto centenario de la fundación de Chuquisaca. Su *Canto a la ciudad de los cuatro nombres* comienza con un acento rubeniano, inflamado de entusiasmo:

*A modo de una fuga de centauros
por el friso de un mármol de Carrara,
irrumper los guerreros de Castilla
en el solar de Charcas.*

Pero luego el ardor bélico de este cuarteto inicial va transformándose en idilio, y el fuerte compás con que ha dado comienzo el canto

cede ante las notas amables, tiernas, casi bucólicas, de las estrofas siguientes. Es éste, sin duda, un importante testimonio que nos permite apreciar de qué fuerte manera prevalece en la poesía que estudiamos la corriente intimista y sentimental sobre cualquier momentáneo intento de hacer literatura basada en temas históricos o sociales.

1932 a 1935: son los años trágicos de la guerra con el Paraguay. Pasan por los caminos y aldeas de Tarija las cansadas tropas que se dirigen al frente. La capital provinciana se convierte en encrucijada de todas las vías que conducen al Chaco, en gran cuartel y centro principal de abastecimiento. ¿Qué dirá el poeta ante el rugir de los camiones que transportan a los jóvenes combatientes, ante el retorno angustioso de los heridos, ante las despedidas marciales, ante los febriles preparativos, ante la acumulación de pertrechos bélicos? Por esos años, Octavio Campero enseña en Sucre cursos de literatura en la Escuela Normal; pero él se imagina lo que ocurre en su tierra nativa, mucho más próxima al teatro de la guerra. No será él el bardo del heroísmo en cuyas estrofas se escuche el eco de la contienda. Lejos de ello, Campero Echazú ve en sueños a los pueblos de su tierra zambulléndose en el río o cubriéndose con la niebla del alba para desaparecer de la presencia de los soldados. «... Y vendrán soldados, soldados, soldados, al son de un tambor de exterminio...», dice un poema de *Amancayas*, en el que se condena a la guerra en nombre de la paz de los campos y el ordenado ritmo de la recolección y el cultivo.

No es, en verdad, el sentimiento épico el motivo que hace vibrar de emoción lírica a Campero Echazú. Su inspiración nace de la tierra, se nutre de su savia. Su antigua admiración por Gabriela Mistral mostraba ya el fuerte instinto de la naturaleza, el amor al árbol, el gusto de la vida provinciana, que habían de guiar hasta el fin su obra poética, coincidiendo en esto con algunos de los temas fundamentales de la poetisa chilena. Pero, a tales motivos había de agregar Campero una cierta entonación dionisiaca que le hará mirar la vida con instinto de gozo, con aire de optimismo, con voluntad de arraigo y señorío.

Iluminado por la luz clara del cielo de su tierra, Campero nos da el aporte magnífico de su poesía bien construida, «pulida a punta de gozo», plasmada «de una arenilla dorada / y un limo oscuro y remoto», como dice uno de sus versos, arenilla y limo extraídos de su valle y su río; poesía que penetra en el corazón; poesía que no se olvida.

JORGE SILES SALINAS

De la Academia Boliviana de la Lengua